HARLEQUIN MIRA

ANN MAJOR

Cuatro mujeres





ANN MAJOR

Cuatro mujeres



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Ann Major. Todos los derechos reservados.
CUATRO MUJERES, Nº 169 - noviembre 2010
Título original: The Hot Ladies Murder Club
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin Mira es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd. y Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9294-0
Editor responsable: Luis Pugni

¿Y si rompiéramos los espejos
y viéramos nuestro verdadero rostro?

Elsa Gidlow

Prólogo

Corpus Christi, Texas

«Siempre deben satisfacerse los honorarios del pecado». Aquello fue lo que le dijo el director del colegio antes de que lo atara y lo encerrara en aquel horrible armario. Le provocó una agradable sorpresa que aquella frase familiar, junto al hecho de pensar en el castigo de ella, pudieran darle tanto placer.

El día anterior, el guapo y galante sir Dominic Phillips había almorzado en su club de Londres. Al día siguiente, estaba sudando como un cerdo en un coche de alquiler en un aparcamiento del sur de Texas pensando en el asesinato de su esposa.

«Por favor... por favor, señor, que sea ella».

Solía decir por favor, tal y como solía hacerlo con el director de su colegio. Había formado parte de su ritual.

Aquélla no era la primera vez que Georgina lo había animado a que la matara. El problema del asesinato era el riesgo de poder pillarla desprevenida. Eso no serviría.

Quería que Georgina supiera lo que se le venía encima, que lo temiera con una anticipación morbosa que la destruyera el alma. Era parte del juego. Quería abrumarla en la muerte como lo había hecho en el matrimonio. Quería que su último pensamiento antes de morir fuera saber que su queridísima Georgia, quien ella había preferido por encima de él, era suya para hacer lo que quisiera con ella. Y Georgina conocía muy bien sus gustos en lo que se refería a las niñas.

El corazón le latía con frenesí. Tal vez era el calor de los últimos días de verano del sur de Texas lo que lo tenía tan febril y acalorado. Incluso en aquel oscuro aparcamiento, el sol parecía salir gritando de un azul demasiado brillante y casi hostil. Dos minutos antes, él había apagado el aire acondicionado. Dos minutos y el traje con una mezcla de seda y lana que llevaba puesto estaba completamente empapado. La delicada camisa de seda se le había pegado a las axilas. No pasaría mucho tiempo antes de que empezara a oler mal.

Aunque había bajado la ventanilla del coche, se sentía asfixiándose. Se limpió la frente con un pañuelo muy mojado.

¿La había encontrado?

Según el informe de Morrison, a las tres en punto tendría que prestar declaración ante un abogado local con muy pocos escrúpulos, Joe Campbell. Aparentemente, Campbell había sido expulsado de Houston por sus turbias prácticas legales junto al director de una empresa llamado Rod Brown. Juntos, habían saqueado la empresa de Brown y habían huido con los fondos. Brown estaba disfrutando de la vida en una mansión en las islas Vírgenes mientras que Campbell se había visto exiliado a aquel infierno para proseguir con sus malas artes en el terreno legal. El muy canalla estaba representando a unos antiguos clientes de Georgina, que

la habían demandado por no haberles contado que la casa que les había vendido tenía humedades.

Georgina, o más bien lady Phillips, una agente inmobiliario... allí. ¡Patético!

Como siempre, Morrison se había mostrado muy cuidadoso, tanto que Dominic había estado a punto de soltar la carcajada mientras hojeaba el informe del detective.

Había creído que podía esconderse. Si la mujer de aspecto corriente que aparecía en las fotos de Morrison era de verdad su deslumbrante y salvaje Georgina, lo sabía todo sobre su nueva vida, su dirección, el colegio de la pequeña Georgia... Todo.

Cuando oyó que el Mercedes de ella subía por la rampa del aparcamiento, se sintió tan excitado como un niño que juega al escondite. Estaba a punto de agacharse tras el volante, cuando una mujer soltó una carcajada muy cerca. Era de baja estatura y tenía el cabello rojizo. Iba rebuscando las llaves del coche en el bolso mientras se dirigía a su vehículo.

«Maldita sea. Esto podría arruinarlo todo».

Al final arrancó su vehículo y se dirigió hacia la salida. Dominic contuvo el aliento hasta que volvió a escuchar el sonido del Mercedes de Georgina, mucho más cerca.

Dado que ella temía los lugares oscuros y cerrados, Dom no había esperado que ella se atreviera a entrar en el garaje, aun a plena luz del día. No obstante, por si acaso, había aparcado en una plaza reservada dos pisos por debajo de las lujosas oficinas de Campbell, para que no hubiera peligro alguno de que ella aparcara cerca de él.

«Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad, cariño».

Durante aquella última y horrible noche en el apartamento que ambos tenían al lado del Támesis, ella le

había enfurecido suplicándole el divorcio. Él la había agarrado y cuando las manos se le cerraron en torno al delicado cuello de su esposa, ella le había golpeado con un pisapapeles. El recuerdo bastaba para convertir su aristocrático rostro en una máscara de ira.

Se había desmoronado sobre el suelo y lo golpeó secamente. Recordaba haberla mirado muy fijamente, presa de un extraño estado de semiinconsciencia, mientras ella se arrodillaba a su lado asustada y alarmada.

—Te pondrás bien —le había susurrado ella.

—Ayúdame —le había pedido él, del mismo modo en el que una vez le había suplicado piedad al director del colegio.

—Te conseguiré ayuda, pero no puedo quedarme. Lo nuestro está empeorando cada vez más. Por favor, trata de comprenderlo.

¿Comprenderlo? Él había tratado de hablar, de decir que lo sentía, pero, por la cocaína que se había metido, no había podido pronunciar las palabras. Había tratado de moverse, pero era como si sus miembros estuvieran hechos de plomo. Se sentía paralizado de la cabeza a los pies, incapaz de detenerla cuando ella se levantó, hizo las maletas y se llevó a Georgina. Cuando por fin se recuperó, se arrastró hasta el sofá y allí pudo ponerse de pie.

Zorra. Aquella noche, ella le había mostrado que era como las demás. Le había hecho amarla para luego dejar que lo utilizaran y lo abandonaran. Sin embargo, al contrario de las otras, ella era su esposa y aún lo consumía por dentro. Constantemente, se la imaginaba con otros hombres.

Sobre la rampa del aparcamiento ronroneó un motor. Sabía que no podía arriesgarse a que ella lo viera, pero cuando el Mercedes pasó a su lado, no pudo resistirse a mirarla para asegurarse.

Una sola mirada le llenó el corazón de excitación y le provocó una potente erección.

¡Sí!

Unas enormes gafas de sol le ocultaban el pálido rostro. Tal y como aparecía en las fotografías de Morrison, se había teñido el cabello y lo llevaba recogido con un barato pasador de plástico. Ni el color ni el estilo le favorecían, pero había mostrado su inteligencia al ocultar su deslumbrante belleza tiñéndose el cabello rubio y dejando sus hermosas y elegantes ropas para esconderse allí, en Corpus Christi, un sitio aburrido donde los haya y muy alejado de lo que ella era realmente.

«No deberías haberme dicho que tenías una abuela en San Antonio ni tampoco que cuando tenías diecinueve años habías estado viviendo con ella y te habías sacado la licencia de agente inmobiliario».

Frunció el ceño. El listo era él. Él lo había planeado todo mientras ella se dejaba llevar, esperando que todo saliera bien. Su disfraz no era tan bueno. En cuanto el detective le había mostrado las fotografías, él había sumado dos y dos y se había montado en un avión.

Era su esposa. Suya. Le pertenecía para siempre. No tenía derecho a escaparse ni a llevarse a la pequeña Georgia. No tenía derecho a dejarlo solo ni a tener otro hombre. Ya se lo enseñaría él.

Aquella horrible noche, cuando se dirigió tambaleándose al cuarto de baño para mirarse en el espejo... para ver... Cuando no encontró a nadie en el espejo, trató de agarrarse a él para conseguir que su imagen apareciera. Al ver que no lo conseguía, había empezado a llorar y a golpear el espejo con los puños.

Lo mismo le había ocurrido cuando era un niño pequeño. Había sido malo, muy malo, tanto que los espejos se habían mostrado completamente vacíos cuando trataba de verse en ellos. Después de la muerte de su

padre, su madre se había mostrado tan asustada que lo había enviado a un internado. Durante mucho tiempo, se había sentido completamente impotente, como si hubiera dejado de existir.

La noche en la que Georgina lo dejó, había roto el espejo en pedazos. Entonces, había escrito el nombre de su esposa sobre el suelo con su propia sangre. Lo último que había escuchado antes de desmoronarse había sido la sirena de un coche de policía.

Ella debía de haber llamado a una ambulancia en cuanto se supo a salvo. Cuando Dominic se despertó, estaba en la sala de un hospital. Los presentes no dejaban de alabar a su hermosa y bella esposa.

Querían saber dónde estaba la famosa Georgina. ¿Por qué no estaba con él? La respuesta había llevado a otra pregunta. Si no estaba con él, ¿con quién estaba?

Entonces, Dominic había sabido lo que tenía que hacer.

Debía encontrarla. Enseñarla, tal y como había hecho al principio, cuando ella sólo era una joven esposa. Los honorarios del pecado...

Como un gato, jugaría con su presa un rato. La ataría con cintas de raso de color rojo como había hecho antes. Entonces...

Sintió una erección al pensar en cómo sonaría la voz de ella cuando le suplicara que la matara.

—Di «por favor» —le susurraría él—. Di «por favor, señor». Bésame ahí abajo y dime que me amas...

Se tocó suavemente, muy suavemente, tal y como le había enseñado a ella. Sólo pensar en el contacto de sus labios le provocó una erección aún más potente. Entonces, alcanzó el orgasmo y se empapó el traje.

«¿Ves lo que me has hecho hacer?».

También pagaría por eso.

Libro primero

Cuando nos miramos en el espejo
vemos la máscara.
¿Qué está escondido tras la máscara?

Diane Mariechild

1

Campbell jamás olvidaba un rostro. Jamás.

El elegante bufete de Joe Campbell, con sus impresionantes vistas sobre el puente, el puerto y la bahía, estaba diseñado para impresionar e intimidar a la vez. La decoración rezumaba dinero, poder y prestigio social, todo lo cual era vital para un hombre con las ambiciones de Campbell. Sin embargo, en aquellos momentos no podía pensar en otra cosa que no fuera en la exquisita mujer a la que se suponía que iba a tomar declaración.

El caso le había parecido completamente aburrido y rutinario... hasta que ella entró por la puerta. Era hermosa, cálida y dulce... y se mostraba muy asustada.

Bien. Campbell tamborileó los dedos sobre la mesa y luego los apretó en forma de puño sobre la superficie.

«Aquella mujer lo tenía dando vueltas como si se tratara de un perro de presa que hubiera perdido el rastro. Las orejas le llegaban al suelo y la húmeda nariz olisqueaba el suelo».

Minutos antes de la declaración, Bob Africa, uno de los socios y antiguo compañero de universidad de Campbell, entró por la puerta como si fuera dueño del bufete... lo que era casi cierto. Bob se especializaba en pleitos algo comprometidos y había ganado más de dos millones de dólares sólo por uno en el que una empresa de cereales se había visto llevada a juicio por utilizar un aditivo alimentario. No había habido pruebas de que ningún consumidor hubiera resultado afectado. Los honorarios de Africa habían sido de dos mil dólares la hora. Los consumidores habían recibido un cupón para una caja de cereales gratis.

Campbell se sentía muy celoso.

Como siempre, aquella tarde todo fueron sonrisas. Un triunfante Bob le había dado un golpe en la espalda y le había ordenado que ganara aquel pleito o si no... Sal en la herida, después del perder el de Crocker.

—Di la cara por ti, compañero. Les dije a los otros socios que en Houston se te había terminado la buena suerte y que aquí te había pasado lo mismo con el caso de los médicos.

—Gracias —dijo Campbell. No le había recordado a Africa que él había sido el que le había echado encima al perdedor de Crocker y que se había guardado los casos más prometedores para sí mismo.

Bob le había dedicado su sonrisa lobuna y le había vuelto a dar una palmada en la espalda.

—Eres el mejor, compañero, pero no te pagamos para que pierdas...

Perder. Campbell había sentido que se ruborizaba. Al menos, Africa no le había recordado las amenazas de muerte que todos los socios habían estado recibiendo desde que Campbell perdió el caso. Diablos. Aquel maldito incompetente había ganado. ¿Por qué estaba tan enojado? ¿Tal vez por su esposa? La esposa de

Crocker se había insinuado a Campbell descaradamente.

Aquel mismo día, había llegado una carta en la que un tarado decía que estaba rezando por Campbell. La carta estaba escrita con la misma caligrafía que las amenazas de muerte. Lo más extraño de todo era que daba aún más miedo. Además, la señora Crocker había llamado tres veces durante aquella semana.

No obstante, se trataba de la mujer que estaba sentada frente a él la que tenía a Campbell en tensión. Tenía que derrotarla. Si no...

El rostro de aquella mujer le resultaba tremendamente familiar. Su profunda voz resultaba exquisita y transportaba a Campbell a un nivel en el que simplemente eran un hombre y una mujer. La odiaba por la facilidad con la que ejercía poder sobre él aunque su mente fría de abogado le dijera que estaba mintiendo. Era una actuación demasiado ensayada. Había algo demasiado deliberado y retórico en aquella profunda y perezosa voz.

Para ganar tiempo, empezó a juguetear con el puño de su camisa. Le había hecho docenas de preguntas y no había conseguido nada. Aquella mujer era una mentirosa y, aunque fuera lo último que hiciera, la dejaría al descubierto.

—Yo... Le juro que no sabía nada. Absolutamente nada de que la casa O'Connor tuviera humedades —repitió la mujer por décima vez.

Cuando Campbell le dedicó su sonrisa más cautivadora y se inclinó hacia ella como si la declaración hubiera terminado, ella se sobresaltó. Sus hermosos y largos dedos, que tenían las uñas sin pintar, se retorcieron sobre su regazo tan violentamente que estuvieron a punto de dejar caer las fotografías que Campbell le había dado unos segundos antes.

—Yo... se lo juro —repitió.

«Entonces, ¿por qué no me miras a los ojos?».

—Humedades tóxicas —le corrigió Campbell.

Ella sacudió la cabeza como si fuera verdaderamente inocente y empezó a repasar las fotografías que Campbell había tomado de las manchas negruzcas y mohosas que había en el interior de la mansión de los O'Connor.

—Tiene que haber un error —susurró ella.

El cuerpo largo y esbelto de Campbell se mostraba relajado tras el elegante escritorio de ébano. El traje de seda beige que llevaba puesto era muy caro, al igual que la corbata amarilla.

Hannah Smith tenía las rodillas apretadas bajo la falda blanca y estaba sentada en la butaca que había frente a él. A su lado, estaba el abogado de la compañía de seguros, un hombre delgaducho y mediocre. Tom Davis parecía tan peligroso como un conejo aterrorizado.

—No hay error alguno —insistió Campbell—. Los O'Connor han tenido que abandonar su casa. Va a costar más dinero remediarlo que lo que pagaron por ella, que ya fue una suma bastante substanciosa...

—Más de un mill... ¡Pero no es culpa mía! —protestó ella—. Yo sólo era el agente inmobiliario. Pensaba que los abogados listos como usted sólo iban a por los ricos.

¿Es que no lo entendía? El bolsillo profundo que estaban buscando era su compañía de seguros, no a ella. Entonces, ¿por qué estaba tan nerviosa?

—El hecho de que hubiera humedades y moho no aparecía en la descripción que usted le entregó a sus clientes.

—¡No había humedades ni moho ni nada! —exclamó ella, con voz temblorosa.

—Tal vez usted no sabe que el moho es un asunto muy grave en el golfo de Texas.

—¿Porque abogados como usted lo han convertido en una industria de miles de millones de dólares?

—Se supone que soy yo el que hace las preguntas y usted es responsable...

La mujer abrió la boca y tragó aire.

Estaba mintiendo, aunque no se le daba muy bien.

A pesar de todo, a Campbell le gustaba. Muy mal.

Joe Campbell, o Campbell simplemente como lo conocían todos los que se relacionaban con él, entre los que cada vez había menos dado que su trabajo solía alienar a muchas personas, llevaba siendo abogado demasiado tiempo como para no oler a un mentiroso a un kilómetro de distancia. Su ex esposa y su anterior íntimo amigo y jefe lo habían curtido en aquel campo.

«Madre mía...».

Aquella maldita mentirosa olía muy bien. Gracias al aire acondicionado, aquella fragancia se dirigía directamente hacía él.

Chanel. Frunció el ceño. Ya la tenía que tener acorralada. Estaba muy asustada. Sin embargo, era ella quien le había hecho perder el equilibrio.

Con dedos nerviosos siguió repasando las fotografías de la casa de los O'Connor. Campbell vio la abandonada piscina, el vacío jacuzzi y el sendero que bordeaba la casa entre lo que habían sido hermosos macizos de flores. Las manos esbeltas y elegantes de aquella mujer empezaron a temblar tanto cuando llegaron a las fotografías del moho que estuvo a punto de tirarlas todas al suelo.

—Piense en cómo podrían afectar esas imágenes a un jurado, señora Smith.

—No se trata de eso —dijo el abogado de ella—. No tiene usted por qué responder.

Deliberadamente, ella se lamió los labios con la rosada lengua.

—Siento mucho que el señor O'Connor esté enfermo, pero...

Diablos. Parecía que se arrepentía. Un jurado la creería. De hecho, hasta Campbell estaba a punto de creerla. Cuando empezó a hablar cada vez más rápido, mirando a todas partes menos al propio Campbell, él se descubrió estudiando sus gruesos y húmedos labios con un interés casi obsesivo.

Voz sensual, aroma embriagador, una boca deliciosa... Todo sobre aquella mujer parecía suave, vulnerable y agradable. Era demasiado agradable. Al contrario que él.

De repente, Campbell quiso que se callara y que lo mirara, lo que lo asustó profundamente. La casa tan grande en la que vivía resultaba solitaria y vacía. Sus pasos resonaban por todas partes cuando por fin llegaba a casa por la noche y subía la escalera para dirigirse a su dormitorio, a solas, todas las noches.

¿Habría algo auténtico en aquella mujer? ¿Estaría mintiéndole como lo había hecho Carol?

La señora Smith resultaba demasiado atractiva a pesar del saco blanco con el que disimulaba su figura y las gafas oscuras tras las que ocultaba su rostro. Tenía las piernas largas y bien formadas, con esbeltos tobillos... aunque aquellos zapatos bajos de lona no resaltaran en absoluto sus pantorrillas.

Sí. Resultaba hermosa a pesar de que se esforzaba mucho por no serlo. ¿Por qué lo habría hecho? A la mayoría de las mujeres les gustaba añadir el atributo de ser hermosa a su arsenal de armas cuando se presentaban ante él o ante un jurado. Durante un instante, recordó las rajas de las faldas de la señora Crocker y sus imponentes piernas. Tenía la constitución de una gimnasta.

—Llámame Kay —le había dicho el día en el que Campbell perdió—. Mejor aún... llámame cuando quieras.

Campbell había estado enfadado porque había perdido.

—Yo no me lío con mujeres casadas.

—Entonces, mi esposo se equivoca sobre ti —había ronroneado ella—. Tienes principios. Eso me gusta.

—No tengo principios en absoluto. Simplemente no quiero que me dispare un marido celoso.

—Mi marido es muy buen tirador. Es cazador.

—Este pleito no era personal, ¿sabe?

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto haber perdido?

—Me molestan muchas cosas.

—Y a mí también —replicó ella, con una sugerente chispa en los ojos.

«Olvídate de Kay. Concéntrate en la señora Smith».

Campbell se pasó una bronceada mano sobre el negro cabello y bostezó, fingiendo que le aburría lo que la señora Smith le estaba diciendo, aunque sólo fuera para poder concentrarse en el caso de los O'Connor y terminar con ella.

Era alta. Desde el momento en el que ella había entrado en su despacho, se había visto envuelto por la exquisita ligereza de su ser. Había algo dulce y vulnerable en ella que pedía atención a gritos. Sus gestos, e incluso las miradas de miedo de las que él era objeto, lo encantaban y lo enloquecían a la vez.

A un jurado le ocurriría lo mismo.

Además, estaba la manera en la que parecía que no podía contener el aliento cuando él se acercaba demasiado. Estaba representando el papel de damisela en peligro con una maestría que debía enfurecerlo. Sin embargo... El miedo de aquella mujer parecía tan real,

tan palpable, que Campbell tan sólo sentía deseos de protegerla.

Maldita sea. Tenía que derrotarla. Si no lo hacía, Africa le había dejado muy claro en qué posición se encontraría él.

Si su modo de hablar era falso, se apostaba el sueldo de un año a que su negro cabello también lo era. Aquel duro color destacaba demasiado contra su pálido rostro y el peinado era demasiado severo para la delgadez de sus mejillas. Campbell no hacía más que mirar aquella melena brillante y espesa, deseando poder quitarle el barato pasador de plástico. Además, ¿qué eran aquellas motas de polvo blanco que tenía encima? ¿Qué había estado haciendo antes de entrar en aquel despacho?

—Si los O'Connor están tan preocupados, ¿por qué no están aquí hoy? —preguntó ella, con aterciopelada voz.

—Porque me han contratado para que los represente —replicó él, con voz fría como el hielo.

—¿Se refiere al hecho de que usted les haga el trabajo sucio? —le espetó ella, mirando por las ventanas como si fuera un animal enjaulado.

A su pesar, Campbell lo sentía por ella. Entonces, Tom colocó una mano encima de la de ella y Campbell experimentó un sentimiento salvaje y aterrador.

—¿Qué es todo eso que tiene en el cabello? —gruñó Campbell, deseando apartar la mano de Tom de la de ella.

—¡Oh! —exclamó ella, mirándolo inconscientemente a los ojos. Tomó aire y Campbell se sintió como si el aire hirviera entre ellos.

Muy mal.

Ella rebuscó en su bolso y, por fin, sacó un elegante espejo de marco de oro. Cuando se vio, arrugó la nariz.

Rápidamente, se quitó el horrible pasador y sacudió su largo y espeso cabello.

Cuando cayeron montones de trozos blancos en la alfombra de Campbell, ella sonrió, mostrándole unos profundos hoyuelos. Él volvió a experimentar aquella extraña sensación. A pesar de que el corte de pelo que llevaba no era muy favorecedor, estaba mucho más atractiva con el cabello suelto. Se miró en el espejo y volvió a arrugar la nariz.

Campbell se rebulló en su asiento. No necesitaba aquello.

—Trozos de pintura —explicó—. Estaba inspeccionando una de las fincas que tengo a la venta para ver si tenía humedades. Moho, señor Campbell.

—Llámeme simplemente Campbell

—Había una mancha muy sospechosa en el techo y quería asegurarme... No obstante, mi experto no encontró nada.

«*Touché*», pensó Campbell tristemente, aunque una parte de él lanzó vítores en honor de aquella mujer.

Rápidamente, ella volvió a colocarse el pasador. No llevaba alianza. Sin saber por qué, a Campbell le habría gustado retirarle aquellas enormes gafas que le ocultaban los ojos. ¿Serían de un deslumbrante azul o suaves como el terciopelo marrón? ¿Acaso negros? Quería apartarle el cabello y poder mirarla bien. Tal vez así recordaría dónde diablos la había visto antes.

Maldita sea. Agarró una de las fotografías de las que él tenía y se obligó a centrarse en sus clientes y en la razón por la que le habían contratado.

—Paul O'Connor está en el hospital, sin poder respirar ni pensar —dijo.

—Siento mucho que él esté enfermo.

«Paul le importa un comino y usted lo sabe».

A pesar de todo, su rostro palideció. Su voz adqui-

rió un tono de voz tan suave y preocupado que Campbell estuvo a punto de capitular. Se puso a repasar las hojas del contrato de venta. Entonces, se concentró en la lista de preguntas que había redactado deliberadamente para atraparla. De algún modo, tenía que conseguir que aquella mentirosa admitiera que había sabido desde el principio el problema de la casa. Tal vez si la enojaba, la mujer terminaría por derrumbarse.

—Volvamos a centrarnos en el tema del moho en la casa de los O'Connor —murmuró—. Se trata de una casa muy antigua sobre el agua...

—Le repito que no había moho —insistió ella. Entonces, consultó su reloj y volvió a mirar por la ventana—. Los Tyler mantenían su hogar con mucha diligencia. Reparaban las goteras y limpiaban con regularidad los conductos del aire acondicionado. Además, hicimos que la inspeccionaran para descubrir humedades y moho.

—Por alguien que no era de fiar.

—Sólo porque su hombre, a quien sin duda usted pagó para que mintiera, dijo tres meses después...

Tom agitó un dedo delante de su cliente a modo de aviso, pero ella se sentía demasiado excitada para hacerle caso. Campbell estuvo a punto de sonreír cuando ella atacó a su propio abogado.

—Señor Davis, creía que usted era mi abogado.

Campbell notó en aquel momento que su acento había cambiado. Sólo por un segundo, le pareció captar que algunas de las palabras se pronunciaban elegantemente, de un modo casi extranjero... ¿De la Costa Este? No. Aquel acento no era de los Estados Unidos.

—¿Cómo puedes defender a este... a este pirata? —decía ella.

—Por favor, Hannah...

—No importa, Davis. Me han llamado cosas peores —replicó Campbell.

—Un pirata que... que astutamente coloca su hermoso y cruel rostro en todos los paneles publicitarios y guías de teléfonos que el dinero pueda comprar

¿Hermoso? La perversa mente de Campbell no pudo desprenderse de aquella palabra.

—Es un mentiroso fingiendo que es Robin Hood y que defiende a los pobres. ¿Cómo puede defender a un perseguidor de ambulancias tan grosero?

«¿Perseguidor de ambulancias? ¡Para eso están los abogados de las compañías de seguros, señora! ¿Acaso los critica por ello?».

—El señor Campbell me ha llamado repetidamente, amenazándome y...

—Yo simplemente estaba tratando de ponerle fecha a esta declaración —dijo Campbell, con el mismo tono razonable y amistoso que utilizaba para convencer a los abogados.

—¡No trate de quitarle importancia a lo que ha hecho! No tiene ningún derecho a demandarme.

—Estamos en los Estados Unidos, señora Smith. Esto es Texas. El salvaje Oeste. Aquí cualquiera puede demandar a quien quiera.

—Le repito que no había moho alguno cuando les vendía a los O'Connor esa casa.

—Pues mis clientes dicen que sí lo había —replicó él, inclinándose de nuevo hacia ella. La mujer se hundió un poco más en la butaca y contuvo el aliento—. Viscoso. Verde. Negro. Hongos —añadió, describiéndolo como si estuviera delante de un jurado—. Para ser exacto, se trata de *aspergillus*. El señor O'Connor está muy enfermo. Mire estas fotografías.

—Siento mucho que esté enfermo, pero el señor O'Connor no ha enfermado en la casa...

—Mire, no le voy a consentir que hable mal de personas inocentes que...

—¿Inocentes? ¡No son inocentes! ¡Yo sí lo soy! Le digo que existen también dueños de casas malvados que... que...

—¿Que qué? ¿Que no quieren que agentes inmobiliarios sin prejuicios se aprovechen de ellos?

—Dueños de casas que... que se suben a los tejados con mangueras y que vierten litros y litros de agua entre las grietas que hay en las paredes...

Aquellas palabras le afectaron tanto como un puñetazo en el estómago. Para cubrir el miedo que acababa de sentir de que sus clientes le hubieran mentido y que, de nuevo, estuviera en el lado equivocado, se puso de pie.

—Me interesan mucho más los agentes inmobiliarios sin escrúpulos, señora Smith, agentes que son capaces de decir lo que sea para vender con rapidez una casa.

—No me acuse a mí de sus juegos sucios —replicó ella, poniéndose también de pie.

Campbell sonrió.

—¿A qué clase de juegos sucios se dedica usted, señora Smith? —le preguntó, recorriéndola de la cabeza a los pies con su sensual mirada.

¿Cómo estaría desnuda?

Un potente rubor cubrió las mejillas de la mujer. Contuvo la respiración y volvió a tomar asiento. Para hacer tiempo, Campbell rodeó el escritorio antes de volver a sentarse.

—Creo que es usted muy malo —susurró ella.

—¿Quién yo? ¿Malo?

—Tom me dijo que me guardara esto para más adelante, pero me siento demasiado furiosa.

Volvió a meter la mano en el bolso y sacó tres lápices de labios, el espejo de oro, trozos de papel y una fotografía, que colocó encima del escritorio.

—¡Usted no es el único que tiene cámara! Ahí tiene a su señor O'Connor encima del tejado.

Lo único que Campbell vio fueron unos muslos por los que merecía la pena morir y una larga melena dorada.

—¡Vaya! —susurró al reconocerla—. Está mucho mejor desnuda de lo que me había imaginado... Bueno, medio desnuda.

—¿Desnuda? —replicó ella. Al ver la fotografía, volvió a ruborizarse—. ¡Deme eso!

—¿Está usted tratando de distraerme con sexo, señora Smith?

—Es usted un...

Campbell soltó una carcajada. Cuando ella trató de arrebatarle la foto, él se lo impidió.

En la instantánea, se veía a una despampanante rubia con un biquini tanga y a una niña rubia de unos cuatro años. Sin embargo, la mujer... Menudo bombón.

Unos senos increíbles se asomaban por encima de la tela roja del biquini y, efectivamente, tenía unos muslos por los que merecía la pena morirse. Madre e hija estaban haciendo un castillo de arena. A sus espaldas, había una gran casa sobre un acantilado. La mujer contemplaba a la pequeña con profunda adoración.

—Me gusta usted más de rubia —comentó él, con satisfacción—. Y, de hecho, cuanto menos ropa lleva, mejor.

Con un grito de profunda ira, ella trató de quitarle la fotografía.

—No es la que le iba a enseñar —le dijo, cuando Campbell la soltó por fin. Volvió a meterla en el bolsillo y sacó dos fotografías que colocó sobre el escritorio—. ¡Éstas!

—Me gusta más la que está usted en biquini.

—Concéntrese. ¿Ve esa manguera? A mí el señor

O'Connor no me parece enfermo. También dispongo de un vídeo, que voy a enviar a la compañía de seguros. Deliberadamente, él creó ese moho para conseguir una compensación del seguro y así poder pagar la remodelación de la casa. No pienso consentir que usted destruya mi buen nombre.

Campbell se quedó helado. De algún modo, pudo forzar una sonrisa.

—Las fotografías como ésta no van a servir de nada.

—Si no sirven de nada, será porque el sistema legal al completo está... está comprado por abogados corruptos como usted. Desde que estoy en Texas...

—¿Desde que está usted en Texas? —repitió él. Entonces, se puso de pie—. ¿Y dónde estaba usted antes? ¿Por qué se ha teñido el cabello?

Ella se quedó completamente inmóvil.

—Creo que se está tomando demasiado personalmente este pleito —murmuró él, mirándola fijamente.

—¿Eso le parece? Bueno, pues para su información, que se me demande por más dinero del que podré ganar aunque viva hasta los cien años me parece bastante personal —afirmó. Entonces, se dirigió a Tom—. ¿De qué sirve tratar de razonar con alguien como este hombre? No puedo soportar más preguntas ni acusaciones. Hoy no. Además, le advierto señor Campbell que he leído cosas sobre usted —añadió, volviendo a centrar la atención en su acusador.

—¿Como cuáles, señora Smith?

—Usted robó dinero, arruinó la empresa de su mejor amigo y su esposa, despechada, se divorció de usted.

—Ah, mi esposa...

La desesperación se apoderó de Campbell. Su esposa le importaba un comino. No obstante, tuvo que esforzarse mucho para mantener el autocontrol.

—Y no la culpo por ello.

—Veo que me ha investigado.

—Ella se ha quedado con la casa de River Oaks...

Como si eso fuera lo que le había convertido en un ser amargado y lleno de odio. Recordó el modo en el que Carol se había acurrucado contra su cuerpo todas las noches, lo cálida y dulce que se había mostrado durante los primeros meses de matrimonio. Por primera vez en su vida, Campbell se había sentido casi humano.

—Tuvo usted que marcharse de Houston porque era tan corrupto que la gente de allí lo despreciaba profundamente. La esposa de su mejor amigo se mató a causa de...

El rostro de Campbell se hizo de piedra. La boca le sabía a ceniza.

—¿De verdad? Siga.

—Usted... Usted es un padre tan malo que ni su propio hijo quiere saber nada de usted.

Su hijo. Todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Campbell empezaron a vibrar.

—Y usted es muy buena madre —replicó él, de un modo tan cortante que ella contuvo el aliento.

—El estado trató incluso de expulsarle de su profesión porque es usted un pésimo abogado. Usted... importunó inadecuadamente a los clientes después de esa horrible colisión de dos aviones en el este de Texas en la que esos niños...

—¡Usted no sabe nada sobre mí! —gritó él, golpeando el escritorio con el puño—. No soy yo el que está a punto de verse en un juicio. Yo la estoy interrogando a usted. Además, le informaré de que un juez corrupto trató de expulsarme de la profesión y que no lo consiguió, señora Smith, igual que usted no va a conseguir nada si trata de luchar contra mí con esas ridículas fotografías.

Entonces, se puso de pie y, tras agarrar las fotografías, las rompió en pedazos.

Ella también se puso de pie. Era alta, pero Campbell lo era más. Cuando ella se echó a temblar, el abogado comprendió que su corpulencia la intimidaba. Decidió utilizar su cuerpo como arma y se acercó a ella.

—Yo... yo tengo más —susurró ella, dando un paso atrás.

—Y yo también —rugió él.

—Y... y no están trucadas. Yo no soy como usted. Yo no sería capaz de... —dijo. Entonces, rompió las fotografías en muchos trozos y las arrojó sobre la alfombra. Estaba ya casi en la puerta—. Adiós, señor Campbell.

—Aún no he terminado con usted. ¿Acaso cree que no sé nada sobre usted? Pues no es así. Yo también he investigado —dijo él. Hannah Smith palideció—. Todo lo que la rodea es una maldita mentira, señora Smith —añadió, acorralándola contra la puerta—. ¿Dónde diablos está el señor Smith? ¿Acaso hay un señor Smith? ¿Cuál es su nombre de verdad?

—Por favor... Lo siento mucho... No debería haber dicho esas cosas tan horribles y tan personales... Estaba... estaba muy disgustada...

Aquella disculpa parecía sincera. Estaba pálida y temblorosa, como asustada de él. Sin embargo, Campbell estaba demasiado furioso como para que pudiera importarle.

—Es una pena que usted se haya metido en el terreno personal. Le advierto, señora Smith, que tengo la intención de ganar este caso. En estos momentos, estoy más decidido que nunca a dejarla a usted al descubierto.

Con eso, le arrancó las gafas de sol.

Tenía los ojos azules. Unos enormes iris de vivo color enmarcados por pestañas negras. Parecía joven, muy vulnerable y asustada... de él.

—¿Quién es usted?

—Usted es el último hombre a quien yo se lo diría —replicó. Entonces, con mano temblorosa, le quitó las gafas y volvió a ponérselas—. Ahora, por favor, le suplico que me deje marcharme.

Cuando Campbell le agarró la mano, notó que estaba fría como el hielo. Con su enorme cuerpo, tiró de ella y bloqueó la puerta.

—¿De qué tiene tanto miedo, aparte de mí? —susurró.

Ella lanzó un pequeño grito y se soltó. Campbell sintió el impulso de volver a agarrarla, pero sabía que así sólo conseguiría asustarla más. Con una seca afirmación de cabeza, se hizo a un lado.

Como si ella hubiera visto una especie de diablo, se santiguó y echó a correr.

Campbell regresó a su butaca y se sentó. Se sentía complemente agotado. Se aflojó la corbata.

Cuando oyó que Tom estaba tratando de tranquilizarla en el vestíbulo, su estado de ánimo empeoró y, con un rápido movimiento de brazo, echó al suelo todos los papeles y carpetas que tenía sobre su escritorio.

Tal vez aquella mujer era una mentirosa, pero los O'Connor también habían mentido. Los clientes solían tener la mala costumbre de contarle a su abogado sólo una versión de la historia. La suya.

Abrió un cajón y sacó la botella de Glenlivet que tenía escondida allí. Odiándose a sí mismo, dio un rápido trago. Entonces, se secó la boca con el reverso de la mano. No hacía más que ver aquella fotografía de ella... Sonreía tan dulcemente a la niña... Además, no lograba olvidarse de aquellos muslos.

Era mejor que lo hiciera. Su trabajo era investigar y destruir, dejar en evidencia a la señora Smith. Hacer lo que tuviera que hacer para hacerle daño, para ganar en favor de los O'Connor.

El hecho de pensar en hacerle daño le provocó una extraña sensación en el estómago.

¿Quién diablos era aquella mujer? Fuera quien fuera, su trabajo era descubrirlo y destruirla.

Con una cierta dificultad, logró aplacar su sensación de culpabilidad y marcó el teléfono de Chuck.

El detective contestó a la cuarta llamada con voz gruñona y medio drogada.

—¿Sí?

—¿Cómo te va? —preguntó Campbell, arrepintiéndose en cierto modo de mandar a su antiguo compañero a investigar a la asustada señora Smith.

Chuck gruñó, o más bien lanzó un eructo en medio de un bostezo o de otra ruidosa y repugnante función corporal.

—¿Qué hora es, maldita sea?

—¿Qué diablos te pasa? Sé que no se te puede llamar antes de mediodía...

—Oh... Bueno, he tenido una mala noche. Resaca. Martillos golpeándome el cerebro, por no hablar...

—¿Qué te ocurrió?

—Me metí en un pequeño altercado...

—Es decir, te emborrachaste y te metiste en un lío.

—No, tío. Un canalla habló mal de mi moto. Le dije que era un tema muy serio. Nadie dice nada por el estilo sobre mi moto. El gorila llevaba botas con punta de acero y tenía más amigos que yo. Tenían cadenas. Me duelen todos los músculos del cuerpo y tengo un ojo tan morado como una ciruela y un diente a punto de caérseme.

—Algún día, esa boca tan grande que tienes va a ter-